

Nigel Warburton: «Una pequeña historia de la filosofía»

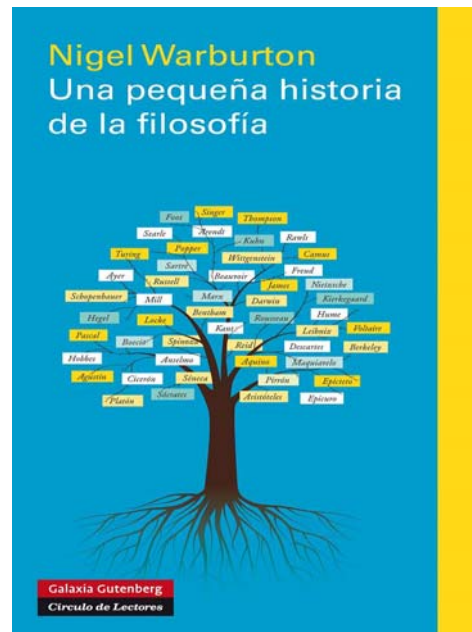
Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2013, 269 páginas

José M. Domínguez Martínez

Quizás no debería un libro sobre la historia de la filosofía tomar como título un enunciado falso. Tal vez debería evitar inducir a una percepción errónea al hipotético lector. Sólo desde la modestia del autor cabe conferir el calificativo de «pequeña» a la historia del pensamiento filosófico que Nigel Warburton condensa con maestría en sus menos de trescientas páginas, realmente bien aprovechadas. La historia puede ser pequeña en extensión, pero no menos grande en contenido, en diversidad, en precisión, en claridad expositiva y en cercanía al lector. El permanente respeto hacia éste y la renuncia a cualquier tipo de adoctrinamiento -lo que no puede decirse de algunos de los más aclamados *best sellers* mundiales sobre la historia de la filosofía- son otros de los rasgos de esta auténtica joya para la difusión del conocimiento filosófico.

Warburton se enfrenta con decisión y valentía al magno empeño de sintetizar las principales aportaciones que han jalonado la historia del pensamiento filosófico occidental. No lo hace con la intención de cubrir un mero expediente desde una posición de erudición, no con la pretensión de rellenar páginas con ideas deslavazadas, ancladas en los momentos históricos en que fueron concebidas. Warburton se traza como objetivos buscar los hilos conductores en las sucesivas aportaciones aparecidas a lo largo de más de dos mil años, hallar el núcleo básico de cada una de ellas para poder encontrar respuestas al cúmulo de preguntas que nos seguimos haciendo los seres humanos y también para encarar los problemas de nuestro tiempo.

Con vistas a ese arduo propósito, el autor se decanta por un enfoque cronológico organizado en torno a cuarenta breves capítulos, cuarenta magníficas piezas bien engranadas entre las que procura que no haya soluciones de continuidad. Esa concatenación, hábilmente incorporada, no hace sino dar un aliciente adicional al lector para no interrumpir el curso de su lectura, a la postre una eficaz invitación para adentrarse en las obras originales de los muchos más de cuarenta filósofos citados, que van desde Sócrates, el «santo patrón» de la filosofía, hasta un «tábano moderno» como Singer.



Lejos de llevar a un reduccionismo de ideas fácilmente condensables, el contenido de los distintos capítulos nos mueve a la reflexión, nos induce a formular otros desarrollos, nos estimula a plantear nuevos interrogantes. Tratar de entresacar alguna conclusión simple de cada una de las aportaciones de tan variado elenco es tarea verdaderamente ardua, si no imposible. Por supuesto, como cualquier elección, conllevaría significativos costes de oportunidad, acentuados en este caso por la complejidad de las cuestiones abordadas y el alcance de las perspectivas abiertas por los pensadores. Partiendo de esa premisa y de una renuncia expresa a pretender mostrar las claves del pensamiento de cada filósofo, a continuación, simplemente como ejercicio recapitulativo de aspectos de interés, a modo de mensajes filosóficos telegráficos, se muestra un repertorio de algunos de los muchos que pueden extraerse directamente de la obra de Warburton:

1. Para Sócrates, una conversación en la que todo el mundo terminaba dándose cuenta de lo poco que sabía era un éxito. Su opción por la muerte, decidida con «pulcritud democrática», a fin de no tener que renunciar a seguir cuestionándolo todo, sigue siendo un potente faro que ilumina el

pensamiento libre. Platón nos advierte de que la gente corriente tiende a no percibir la realidad que la circunda porque se conforma con mirar lo que tiene delante en vez de reflexionar profundamente. Sólo así podemos evitar ser engañados por las apariencias.

2. La búsqueda de la *eudaimonia*, de la felicidad, según Aristóteles, sólo se consigue a través de la vida en sociedad. La mejor vida para un ser humano es aquella que utiliza los poderes de la razón; la educación, el mejor modo de desarrollar buenos hábitos.

3. Pirrón, el máximo exponente del escepticismo, trata de convencernos de que no podemos llegar a conocer cómo es realmente el mundo ni comprometernos con ningún punto de vista: al no poder estar seguros de nada, deberíamos suspender todo juicio y vivir nuestras vidas libremente.

4. Epicuro recomienda como mejor modo de vivir llevar un estilo de vida muy sencillo, ser amable con la gente y rodearse de amigos. También aportó una visión para evitar el miedo a la muerte: al igual que no nos preocupamos por el tiempo previo a nuestro nacimiento, carece de sentido hacerlo por todo el que seguirá al momento de nuestro fallecimiento.

5. Los representantes de la escuela estoica (Zenón, Epícteto, Cicerón y Séneca, entre otros) mantienen como idea básica que sólo deberíamos preocuparnos por las cosas que podemos cambiar, con vistas al objetivo de alcanzar la serenidad mental: aunque no podemos controlar lo que va a suceder, sí podemos modular nuestra actitud ante las circunstancias.

6. ¿Cómo puede un Dios bueno y todopoderoso permitir el mal? Era uno de los interrogantes que atormentaba a Agustín de Hipona. Después de haberse embarcado en la senda del maniqueísmo, halló la respuesta en la existencia del libre albedrío, la capacidad humana de elegir las acciones a realizar, entre ellas el mal. Dios podría habernos programado para escoger siempre el bien frente al mal, pero no seríamos verdaderamente libres.

7. Bocío se encargaría de buscar respuesta a una paradoja ligada al libre albedrío: ¿podemos elegir realmente nuestras decisiones cuando hay un Dios omnisciente que sabe lo que vamos a hacer?

¿Tiene sentido el castigo o la recompensa? La atemporalidad de Dios, que tiene conocimiento de todo -pasado, presente y futuro- en un instante, es la salida que encuentra el filósofo romano.

8. Más tarde, Anselmo, arzobispo de Canterbury, se entretendría en tratar de demostrar la existencia de Dios a través de un argumento apriorístico: un Dios, como ser supremo, que existiera sólo en nuestras mentes y no en la realidad no sería lo más grande jamás concebido, pues uno que existiera en la realidad sería indudablemente más grande. Ya en el siglo XIII, Tomás de Aquino aporta otros argumentos para justificar la existencia de Dios. En el de la vía de la causa eficiente sostiene que ha de haber una causa originaria, una causa sin causa, de la que se desencadena una serie interminable de causas y efectos, que explica todo lo que conocemos.

9. Maquiavelo tenía bastante claro cuál era la receta a aplicar por un príncipe o gobernante para ser eficaz: «aprender a no ser bueno». El resultado final es más importante que los medios utilizados para conseguirlo. Es peligroso confiar en que alguien va a cumplir sus promesas a no ser que tema las consecuencias de su incumplimiento.

10. Hobbes proporcionó una justificación al establecimiento de una soberanía pública como garantía del contrato social, un acuerdo mediante el que los individuos renuncian a parte de sus libertades a cambio de seguridad. Sin ese esquema, la vida en el estado de naturaleza, sin leyes ni protección, sería terrible.

11. Descartes, además de habernos ubicado en sus coordenadas, nos legó el método de la duda cartesiana: no aceptar que algo es verdadero si existe la más mínima posibilidad de que no lo sea. Su universalmente célebre conclusión, «cogito ergo sum», nos lleva a convencernos de nuestra existencia en tanto seamos capaces de pensar. Él estaba convencido de la existencia de Dios porque nos ha implantado la idea de Dios en nuestras mentes; si no existiera, no tendríamos dicha idea de Dios.

12. Pascal, en cambio, recurrió a la teoría de la probabilidad para explicar la existencia de Dios. A un jugador racional le interesaría actuar bajo la creencia de que Dios existe, tras evaluar las consecuencias (ganancias/pérdidas), según distintos comportamientos, en caso de que

finalmente exista o de que no. Él consideraba que el premio potencial (alcanzar la dicha eterna) era infinito; la pérdida potencial (no haber disfrutado de la gloria y del lujo terrenales), escasa. Sin embargo, la apuesta de Pascal resulta más arriesgada una vez que se contemplan distintas opciones de deidad.

13. Spinoza abrió la senda del racionalismo, planteamiento que sitúa la razón por encima de la experimentación y la observación. Como determinista, pensaba que toda acción humana era el resultado de una causa anterior. El libre albedrío es un espejismo: nos parece que escogemos con libertad lo que hacemos y creemos controlar, pero eso se debe a que no comprendemos de dónde surgen nuestras acciones y elecciones.

14. Locke consideraba que la mente de un recién nacido es como una pizarra en blanco; todo nuestro conocimiento proviene de nuestra experiencia en la vida. Lo que no podemos recordar no forma parte de nosotros mismos como persona. Lo que determina la identidad personal es la continuidad psicológica.

15. Para Berkeley, todo aquello que deja de ser observado, también deja de existir. No existe ninguna realidad más allá de las ideas que tenemos. No es de extrañar que se le catalogue como idealista e inmaterialista.

16. Arouet, más conocido como Voltaire, desconfiaba profundamente de los sistemas filosóficos y de los pensadores que creían tener todas las respuestas. No entendía cómo las catástrofes naturales, con miles de víctimas humanas, podían formar parte de un plan mayor concebido por un ser supremo. Arremete contra los filósofos afines a las corrientes optimistas y apela a dedicarse a realizar cosas útiles para la humanidad y erradicar la injusticia, en lugar de entretenerse en especulaciones filosóficas.

17. Hume se rebeló contra el argumento del diseño como justificativo de la existencia de Dios, al juzgar que no aportaba pruebas suficientes para concluir que debe existir un ser todopoderoso, omnisciente y de bondad suprema. También se mostraba bastante escéptico respecto a los milagros, para cuya validez exigía que se desafiara una ley de la naturaleza. Antes de asumirlos, recomendaba explorar otras explicaciones más mundanas.

18. A diferencia de Hobbes, Rousseau pensaba que los seres humanos son buenos por naturaleza; si se sacan de un estado natural y se congregan en ciudades, es cuando comienzan los problemas. La civilización corrompe a los seres humanos, pero cree que es posible organizar armónicamente la sociedad a fin de que todo el mundo trabaje en pos de un bien común. Basó su solución en la idea de la voluntad general, todo aquello que sea mejor para toda la comunidad. Si alguien se niega a reconocer que obedecer una ley es en beneficio de la comunidad, a esa persona se le debe «obligar a ser libre».

19. Kant señala que percibimos el mundo a través del filtro de nuestra mente. Creía que no podemos hacernos una idea completa de cómo son las cosas. Nunca percibimos directamente el mundo nouménico, lo que se encuentra detrás de las apariencias. Si podemos conocer el mundo fenoménico, el mundo que nos rodea. Pensaba que era posible un conocimiento independiente de la experiencia y que revelara una verdad del mundo. Mediante el poder de la razón podemos descubrir características de nuestras propias mentes que colorean toda nuestra experiencia.

20. Para Kant, una buena acción es condición necesaria pero no suficiente para que se trate de un comportamiento moralmente bueno; para esto hace falta que la acción corresponda a una obligación basada en la razón, con independencia de las consecuencias que tenga para nosotros o de cómo nos haga sentir. Por otro lado, nunca, bajo ninguna circunstancia, se debe mentir, ya que no se puede establecer un principio general en el que todo el mundo mienta cuando le convenga. Kant propugnaba no utilizar a las personas sino tratarlas con respeto, reconociendo su autonomía y su capacidad para tomar decisiones razonadas por sí mismas.

21. Bentham es conocido principalmente por su defensa del utilitarismo o principio de la mayor felicidad, que propugna vivir con arreglo a aquello que produzca la mayor felicidad. Para Bentham, la felicidad es placer y ausencia de dolor. Todos los miembros de la sociedad son absolutamente equiparables para el cómputo y la medición de la felicidad.

22. Las ideas que tenemos están directamente relacionadas con la época en la que vivimos y no pueden ser comprendidas del todo fuera de su contexto histórico. Es ésta una de las grandes

aportaciones de Hegel, para quien la realidad avanza constantemente hacia el objetivo de comprenderse a sí misma, siguiendo un patrón inevitable. Creía que nuestro pensamiento progresaba mediante el choque entre una idea y su contraria. El método dialéctico, con la secuencia de tesis-antítesis-síntesis, hacía acto de presencia.

23. Como antítesis del optimismo, Schopenhauer creía que la vida es sufrimiento y que sería mejor no haber nacido. Estamos atrapados, según él, en un ciclo sin salida: deseamos cosas, las obtenemos, y luego deseamos más. La realidad tiene dos aspectos, como voluntad y como representación: la voluntad es la fuerza ciega que se encuentra en absolutamente todo lo que existe; la representación es el mundo tal y como lo experimentamos, es nuestra construcción mental de la realidad. Schopenhauer abogaba por la compasión como base del comportamiento personal.

24. Mill defendía la idea de que proporcionar a todo el mundo espacio para desarrollarse era el mejor modo de organizar la sociedad. Consideraba que el paternalismo era aceptable con los niños, pero no con los adultos, aunque con una importante excepción: todo adulto debería ser libre para vivir como quiera siempre que con ello no dañe a nadie. Mostraba aversión a la «tiranía de la mayoría». Además de la libertad de vivir como se quiera, Mill creía que era vital que todo el mundo contara con libertad de pensamiento y expresión.

25. Darwin elaboró la teoría científica más influyente de todos los tiempos, según la cual las especies han evolucionado mediante un proceso natural y que, en vez de permanecer inmutables para siempre, están en constante cambio. Las plantas y los animales que se adaptaron a su entorno tenían más posibilidades de sobrevivir el tiempo suficiente para transmitir algunas de sus características. La lucha por la supervivencia es la clave del proceso. La evolución es un proceso mecánico, que no necesita de ninguna conciencia ni de ningún Dios.

26. Para Kierkegaard, creer en Dios no es una decisión sencilla, sino que requiere un salto de fe, que implica riesgo e irracionalidad. Las órdenes divinas son superiores a cualquier ética humana, pero quienes abandonan la ética por la fe lo arriesgan todo, en la medida en que no existe

certeza de que el mensaje provenga realmente de Dios.

27. Para Marx, toda la historia de la humanidad puede explicarse como una lucha de clases. Creía que el desarrollo de la sociedad conduciría de forma espontánea hacia formas más avanzadas, hacia el comunismo, pero el proceso podría acelerarse a través de la revolución de las clases oprimidas. Esta revolución conllevaría una dosis de violencia, concebida como necesaria en aras del bien superior a alcanzar. Frente a una sociedad capitalista dominada por la burguesía, con un proletariado explotado y alienado, se alza el ideal de la sociedad comunista, regida por el siguiente lema: «De cada cual, su capacidad; a cada cual, según su necesidad».

28. La corriente de la filosofía pragmática encuentra en William James su principal exponente. Sólo tienen interés las consecuencias prácticas. La verdad es simplemente aquello que funciona. Una frase es verdadera cuando describe fielmente cómo es el mundo.

29. Nietzsche proclamó la muerte de Dios, en el sentido de que creer en Dios había dejado de ser razonable. Este hecho abría nuevas posibilidades para la humanidad, a la vez estimulantes (los individuos podían crear sus propios valores) y aterradoras (la ausencia de Dios implicaba eliminar todos los límites y hacía que cualquier cosa fuera posible).

30. Otra revolución en el pensamiento humano vino de la mano del descubrimiento por Freud del inconsciente: gran parte de lo que hacemos se debe a deseos que permanecen ocultos. La vida en sociedad es posible porque nos escondemos a nosotros mismos lo que realmente sentimos y lo que queremos hacer. Los sueños ofrecen uno de los mejores modos para conocer los pensamientos ocultos.

31. Russell creía que no había posibilidad alguna de que Dios fuera a salvar a la humanidad, por lo que nuestra única oportunidad es recurrir al poder de la razón. El miedo a la muerte explica, según él, la inclinación de las personas hacia la religión. Llega a la conclusión de que no existe Dios, al rechazar la idea de que Dios no tiene causa, que invalidaría la afirmación de que todo tiene una causa.

32. Alfred Jules Ayer llegó a manifestar que gran parte de la historia de la filosofía estaba repleta de sandeces y era un completo disparate sin apenas valor. Sólo le interesaba lo que podía conocer a través de la lógica o los sentidos. Sólo las afirmaciones que son ciertas por definición o empíricamente verificables son de utilidad a los filósofos. Para él, la frase «Dios existe» es una afirmación carente de sentido. Ayer era, así, un ignosticista, alguien que piensa que toda discusión sobre esa cuestión tan importante históricamente es una tontería.
33. Todos somos libres; sólo tú puedes decidir cómo vivir. Es la esencia de la filosofía existencialista, encarnada en Sartre, Beauvoir y Camus. Los seres humanos no tenemos ninguna esencia. No estamos aquí por ninguna razón concreta, ni nos tenemos que comportar de alguna forma especial para ser humanos. La vida humana es una fuente de angustia, que surge al comprobar que somos responsables de nuestros actos y que no podemos poner ninguna excusa. En primer lugar existimos en el mundo y luego hemos de decidir qué hacemos con nuestras vidas.
34. Wittgenstein llamó la atención acerca del hecho de que utilizamos el lenguaje para muchas cosas distintas. Sostenía que los filósofos habían entendido las cosas mal porque pensaban que, fundamentalmente, todo el lenguaje operaba del mismo modo. No podemos tener nuestro propio lenguaje privado. Debe basarse en nociones compartidas socialmente.
35. Arendt introdujo la noción de «la banalidad del mal»: un sistema social o político puede hacer que una persona sea incapaz de pensar de un modo crítico sobre sus propias acciones y las consecuencias de éstas sobre personas reales.
36. Popper transformó la forma en la que vemos cómo se produce el progreso del conocimiento humano. La ciencia avanza cuando nos damos cuenta de que una creencia resulta ser falsa. La esencia de la metodología científica, según Popper, es tratar de demostrar que las teorías científicas son falsas. La ciencia no demuestra que nada sea verdadero; lo único que hace es evitar las opiniones falsas. Una sola excepción a una regla o afirmación hace que quede completamente refutada. Con este enfoque, los razonamientos inductivos (partir de observaciones concretas para llegar a una conclusión general) muestran sus pies de barro. El rasgo clave de cualquier hipótesis es que ha de ser rebatible. Si algo no puede someterse a refutación, queda expulsado automáticamente del campo de la ciencia. Por su parte, Kuhn introdujo el enfoque de los paradigmas en la explicación de la evolución del conocimiento. Un paradigma vigente determina el marco de lo que se puede pensar hasta que aparece otro que lo cuestiona.
37. Filósofas como Philippa Foot o Judith Jarvis Thomson han removido los esquemas de razonamiento tradicionales, incorporando la perspectiva psicológica, con una serie de experimentos mentales de los que se desprenden notorias paradojas de comportamiento expresado. Una pregunta clave queda suspendida en el aire sin que puedan aportarse respuestas contundentes: ¿Cuándo es aceptable sacrificar una vida humana para salvar varias?
38. John Rawls llamó la atención sobre el hecho de que la naturaleza humana lleva a que la gente, conscientemente o no, tienda a pensar en su propia posición cuando describe un mundo mejor o formula recomendaciones sobre los cursos de acción. Para evitar ese sesgo, concibió un experimento mental (la posición original): se trata de diseñar una sociedad mejor, pero sin saber de antemano qué posición real vamos a ocupar en la sociedad. Realizar elecciones desde detrás de ese velo de la ignorancia llevaría a propugnar unos principios más justos. El principio de justicia defendido por Rawls avala aquellos movimientos en los que mejore la posición de los más desfavorecidos, incluso aunque aumenten las desigualdades.
39. Otros filósofos y científicos (como Alan Turing y John Searle) se han adentrado en las comparaciones entre la mente humana y los ordenadores. Generar respuestas correctas no es lo mismo que comprender. A pesar de ello, hay quienes sostienen que los ordenadores pueden realmente pensar.
40. Peter Singer nos lanza a bocajarro una dura prueba emocional: si estamos dispuestos a salvar a un niño que, delante de nosotros, ha caído a un lago, ¿por qué no nos conmovemos ante los miles de niños que mueren de hambre diariamente en el mundo? Su planteamiento moral se basa en la idea de la consistencia: tratar casos similares de manera similar.

Cuando uno va adentrándose en las páginas de esta «pequeña historia de la filosofía» tiene la sensación de que está ante un producto de alta calidad y utilidad; cuando llega a su término, lamenta de veras que haya sido tan corto el viaje, aunque se congratula de tomar conciencia de que las puertas del debate filosófico sigan abiertas. La pequeña gran obra de Warburton, como preciada caja de caudales que es, contiene algunas valiosas pistas para no perderse en el intrincado laberinto del pensamiento filosófico.